

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 807 Jueves 5 de Octubre de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Mustio y acobardado en el banquillo y dicharachero con los seguidores obtusos**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **Plaza partida**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **Una fecha en la bandera**, *Ignacia De Pano*
- ✚ **Lo peor no es la amnistía**, *Joaquín Leguina*
- ✚ **Feijóo y la utilidad de lo (aparentemente inútil)**, *Francisco Rosell*
- ✚ **Tragedias del «sólo sí es sí»**, *Guadalupe Sánchez*
- ✚ **Stepanaker**, *Sertorio*

Mustio y acobardado en el banquillo y dicharachero con los seguidores obtusos

Emilio Álvarez Frías

Es la sensación que últimamente ha dado Pedro Sánchez. Con cara descompuesta, mirando por todos los lados cuando no prestaba atención al móvil, sin ser capaz de aguantar la mirada de Núñez Feijóo cuando le hacía una pregunta, cuchicheando de vez en cuando con su ministra de Economía y primera vicepresidenta en funciones, sin hacer ningún gesto de cariño como suele tener con Yoli –y ella, que permaneció como él, escondiendo la cabeza y mirando hacia el suelo en busca de querubines que la orientaran–, y rezando las oraciones que él tenga en su vademécum personal, que no se deben parecer a las mías, para que terminara Feijóo con la paliza que le estaba dando, y a la que no quiso responder, o no se atrevió, o no sabía qué decir a sus señorías con esa capacidad de oratoria que, a pesar de todas sus maldades, el Señor le ha dotado. Para salir del paso lanzó a la palestra a un energúmeno que leyó el panfleto que le pusieron delante y que más bien lo terminó de triturar con la falta de presencia, el palabreo necio y sin gracia que utilizó, y el tono de vocero empleado. Una pena. Tanto tiempo preparando la cuestión para hacer el ridículo de esa forma,



poniendo en evidencia que solo se bandea bien cuando tiene enfrente a sus mesnadas que le aplauden cualquier sandez, le siguen en sus gracias insultantes ya que no sabe qué otras cosas decir contra el opuesto, y le aplauden como hacen los asnos cuando rebuznando se ponen en contacto con sus congéneres.

Porque eso sí lo consiguió, ya que días después le reunieron una buena «sentá» de gentes no sé dónde y les soltó con su donaire lo que no fue capaz de decir a Núñez Feijóo en el hemiciclo de las Cortes, sin contenido, aunque, como siempre, también sin exponer su proyecto aunque haga cantos de prometer el oro y el moro con sus planes de progresismo, que todavía están por descubrir, al menos los necesarios



para que el país se ponga en marcha, la economía funcione, desaparezca la terrible lista de desocupados, vuelvan a casa las empresas que diariamente emigran huyendo de sus medidas laborales y fiscales, y todo lo que aparece en los anuncios generosamente distribuidos por las televisiones para que puedan ser realidad y explique cómo lo va a conseguir.

Y lo remató en la entrevista con la prensa a la salida del encuentro con el Rey el pasado martes, donde manifestó todo lo miserable que es al referirse a la oposición, mintió a descarro cantando la copla de que él había ganado las elecciones, y se lució con la careta de ser el único que puede sacar adelante a España cuando lo que ha hecho hasta la fecha ha sido hundirla, sin hacer referencia a cómo son las negociaciones que tiene en marcha con la oposición destructora de la nación, lo que, al parecer, tampoco le ha contado al Rey.

De momento este tipo no merece nada más que el desprecio de los españoles, con la esperanza de éstos de que encontrará en el camino una buena piedra con la que tropezar y romperse simbólicamente la crisma, pues, dado que somos buenos cristianos, no pretendemos, ni deseamos, sea una realidad.

Plaza partida

La papeleta del Rey en este momento es delicada. Pero ello va unido a la Institución que encarna. Su defensa de la Constitución va desde el Artículo 1 a la Disposición Final

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor. Académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

El título es una obra de Goya, lápiz litográfico y rascador, en la que forman la arena dos semicírculos separados por una barrera y en ambos ruedos se lidian toros al tiempo. Fue costumbre iniciada a finales del XVIII que llegó al final del XIX. Luis López Anglada, poeta mayor al que admiré durante años cada tarde en la tertulia del Gijón, presidida desde un magisterio casi silente por Gerardo Diego, publicó en 1965 un libro lleno de claves inteligentes: *Plaza Partida (Poemas de la piel de toro española)*. El concepto de «las dos Españas» comenzó a barajarse a mediados del XIX. Eran dos Españas enfrentadas que fueron reconciliándose con el tiempo dejadas atrás guerras

civiles, sellaron en la Transición su compromiso de superar agravios, recuperaron un agrio clima de confrontación con Zapatero, y desembocar en las dos Españas desde que llegó Sánchez a Moncloa.

Cuando este artículo llegue al lector Felipe VI protagonizará la segunda jornada de sus consultas tras no conseguir Feijóo su investidura; el momento en que escuchará las opiniones de Sánchez y del presidente del PP, últimos en acudir a Zarzuela. Los partidos independentistas volvieron a desairar al Rey no acudiendo a las consultas sencillamente porque «Felipe VI no es nuestro Rey», porque «queremos la República Catalana», porque «somos una nación acogotada por España» y otras monsergas que serían infantiles si no nos jugásemos tanto. Sánchez no puede asegurar al Rey apoyos suficientes porque sus chantajistas proclaman que no tienen nada cerrado y exigen que el presidente en funciones cumpla previamente la subasta a la que se ha sometido.



Tampoco los tenía Feijóo pero era el ganador de las elecciones y sus posibles apoyos no entrañaban la ruptura de España. Sánchez lo niega pero todos sabemos, y seguro que Felipe VI también, lo que vale su palabra.

En las vísperas de esta nueva ronda de consultas quienes asegurarían la investidura de Sánchez quemaron en Barcelona banderas españolas, cercaron instalaciones de la Guardia Civil, rodearon el edificio de la Policía Nacional, en Vitoria ocuparon la Delegación de Defensa, bramaron «¡Independencia!» en manifestaciones, y en boca del presidente de la Generalidad, que representa al Estado en su comunidad, aseguraron que no habría apoyos a Sánchez sin amnistía y referéndum de autodeterminación. ¿A quién creemos? Al menos los independentistas son consecuentes. Sánchez, no.

La propuesta de Gobierno «progresista» del actual inquilino de Moncloa, con partidos tan «progresistas» como PNV y Junts, es un traje a la medida de los deseos de quienes quieren acabar con la Constitución, incluidas la Monarquía, la unidad de España y la igualdad entre los españoles. Esos 450.000 millones de euros que según los independentistas les debemos, con un pago inmediato de más de 70.000 ¿de dónde saldrían? De los bolsillos de la España que sufre, modera sus gastos, cuida sus inversiones y no despilfarra en falsas «embajadas» para colocar a parientes y amiguetes con la única misión de desprestigiar a España por el mundo, aunque en esto último no le anda a la zaga el Gobierno con el sonriente Albares como ariete.

La papeleta del Rey en este momento es delicada. Pero ello va unido a la Institución que encarna. Su defensa de la Constitución va desde el Artículo 1 a la Disposición Final. El Artículo 56, Título II: «De la Corona» señala: «El Rey es el

Jefe del Estado, símbolo de su unidad y permanencia...». Sánchez, allá él, puede no ser consecuente con su juramento, incluso incumplirlo. Pero el Rey está por encima de las contingencias, de las situaciones más o menos difíciles, de los deseos personales de los políticos de unos y otros partidos. El Rey «arbitra y modera el funcionamiento regular de las instituciones». Hoy se cumplen seis años del mensaje de Felipe VI a los españoles tras el golpe independentista del 1 de octubre contra la Constitución que en su día Sánchez consideró rebelión.

Creo capaz a Sánchez de presionar al Rey, más o menos sutilmente, si no coincide con sus deseos. Vuelvo al primer párrafo de este artículo. España es hoy una plaza partida. Las elecciones del pasado 23 de julio fueron determinantes para demostrar, tras tantas trampas, desde su propia fecha de celebración al extraño error continuado de todas las encuestas, o las dudas de muchos sobre la custodia del voto por correo, que más de once millones de ciudadanos votaron contra Sánchez y sus usos políticos. Y su partido acudió a las elecciones ocultando que se aspiraría al salvavidas de un voto muy minoritario empeñado en acabar con la unidad de España y la igualdad de los españoles. Sería lógico que los ciudadanos manifestaran de nuevo sus preferencias en unas elecciones, esta vez sin ocultamientos ni engaños.



La inmensa mayoría de españoles, entre ellos la mayoría de catalanes, quieren la unidad nacional y estar libres del chantaje independentista. En nuestra plaza partida debe tomar la palabra el pueblo al que se ocultó la verdad. Ya tuvimos una investidura que no prosperó. Ya asistimos al ofensivo silencio de Sánchez en la sede de la soberanía nacional. Ya vivimos el impresentable bautismo parlamentario de Puente, con su traje, su corbata y sus zapatillas deportivas, un tipo que parecía a la espera de ganar unas oposiciones a portero de discoteca. Apostemos por el rigor. La plaza no desea estar partida. Medio ruedo, que lo es por el enfrentamiento creado por Sánchez, está lejos de las trampas. Cree en la unidad de España, en la Constitución y confía en su Rey.

Una fecha en la bandera

Ignacia De Pano (*Vozpópuli*)

Han pasado ya seis años pero el recuerdo de aquellos días de pesadilla siguen en nuestra memoria, troquelados a fuego, como si hubieran ocurrido ayer. La sensación de incredulidad por la deriva política sin frenos, el agotamiento por las manifestaciones independentistas continuas, las principales vías cortadas a diario que nos impedían seguir con al menos un simulacro de vida normal y las miradas aviesas de los que se sentían fuertes

y nos observaban con violencia contenida desde la fortaleza que el grupo da siempre al cobarde. Si alzabas la vista al cielo para intentar huir, al menos por un momento, de la hostilidad manifiesta, las esteladas seguían amenazándonos desde arriba, colgando de los mismos balcones desde los que cada noche, sin faltar una sola, las estridentes caceroladas nos recordaban que no éramos aceptados, que no fuéramos, que no éramos verdaderos catalanes.

Un día tras otro y cada día peor que el anterior. No había posible exilio interior, la excepcionalidad de la situación era tal que en las reuniones de amigos alguien tenía siempre activo el chat del tsunami democràtic para saber por dónde la estaban montando los CDR y encontrar una vía segura de vuelta a casa. Los medios de comunicación que nos ignoraban, las redes sociales que rezumaban cólera, imposible abstraerse del odio desatado: tuvimos que salir de chats de amigos repentinamente hostiles, irnos antes de tensas reuniones familiares, sufrir el sinsentido de un suicidio general en directo en el otoño benigno de una ciudad maravillosa.

Después de las cuarenta y ocho horas de desesperante soledad que vivimos entre el referéndum del 1 de octubre y el histórico discurso del Rey de la noche del 3 al que tanto debemos, empezamos a ver,



o a querer ver, una luz al final del túnel. Comprobamos que la reacción no vendría del lejano gobierno de Madrid sino de nosotros mismos, y empezaron a surgir las primeras voces heroicas que nos abrieron paso a todos los demás. Jaume Vives

desde su balcón, armado con un megáfono y su sentido del humor amargándole las caceroladas a sus vecinos; los chicos de Artós saliendo a la calle a las bravas; una convocatoria de SCC para una manifestación el 8 de octubre que empezó a correr por los teléfonos sin saber cuántos superarían el miedo y acudirían.

Para mí, y aquí les cuento una anécdota personal, el momento clave se produjo cuando un gran amigo me llamó para decirme que en el bazar de su calle habían empezado a poner banderas españolas en el escaparate. Algo estaba pasando cuando los listísimos comerciantes orientales percibían, desde su distancia emocional, que el viento estaba cambiando y la venta de la enseña nacional, que había brillado por su ausencia en sus comercios, iba a ser negocio. Yo compré la mía en un bazar similar y escribí sobre ella, con un rotulador, la fecha en la que iba a salir por primera vez a la calle: 8 de octubre de 2017. Lo que pasó ese día forma parte de la mejor historia de España. Un millón de personas que salieron a manifestarse sin orden ni concierto, sin coreografías ni ayudas municipales, sorprendidas al darse cuenta de que no estaban solas. Con la bandera prohibida colgando orgullosamente del bolso o de

la espalda, los ciudadanos se saludaban como si se conocieran, unidos por la voluntad común de defender la libertad. Ese día lo cambió todo.

Hoy, seis años después, es hora de añadir una nueva fecha a mi ya vieja bandera. Otro 8 de octubre en el que la defensa de España vuelve a depender exclusivamente de nosotros, frente a un gobierno hostil y traidor. Echaremos de menos a muchos que ya no podrán estar con nosotros, pero daremos la bienvenida a los jóvenes que se incorporan y a todos los que decidan unirse por primera vez al mejor activismo político. Nos sonreiremos y nos reconoceremos en el momento en que más necesitamos sentir la fuerza que solo se obtiene de la unidad, porque nos esperan tragos muy amargos que solo podremos afrontar juntos. Hará sol, y Barcelona estará, como siempre, preciosa. Y solo el que venga podrá sentir la emoción inefable que se siente al escuchar el himno nacional de pie y rodeado de amigos en el Paseo de Gracia o en la Plaza de Cataluña. Quién lo vivió lo sabe. No se lo pierda, no se ponga excusas, está a tiempo. Venga: le necesitamos, le esperamos.

Lo peor no es la amnistía

«Si Sánchez gana la investidura abordará cosas mucho más graves. Despejará la renovación del CGPJ para invadirlo e iremos hacia una España confederal»

Joaquín Leguina (*El Subjetivo*)

Sobre la constitucionalidad de la amnistía existe una abrumadora mayoría de especialistas que entiende que no es constitucional. Por ejemplo, el profesor Manuel Aragón que lo ha dicho con toda claridad. Se dice que como la Constitución no habla de la posibilidad de amnistía, por tanto podría haberla porque no lo prohíbe. Pero es todo lo contrario. Sería necesario que la Constitución hablara de amnistía para que eso fuera posible.

Y es que la Constitución no habla de amnistía porque entiende que España no sufre una dictadura, pero sí que habla de los indultos y dice que los indultos generales no son posibles. Un indulto lo que hace es simplemente eliminar el cumplimiento de la pena pero sigue existiendo el delito, mientras que una amnistía borra el delito.

Pero si Sánchez gana la investidura abordará otras cosas mucho más graves. Para empezar, despejará la renovación del Consejo General del Poder Judicial (CGPJ) para invadirlo, como ha invadido el Tribunal Constitucional (TC). Estaremos, pues, ante la destrucción de la división de poderes, asunto clave en cualquier democracia.



Además iremos inexorablemente hacia una España confederal. El catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Barcelona Josep Maria Castellà lo ha descrito así en *El Mundo* (30-IX-2023):

Han provocado que sea una crisis del sistema constitucional, no habiendo condiciones objetivas para que tuviera que ser así. Desde la presidencia de José Luis Rodríguez Zapatero el PSOE inicia un camino, que ahora ha culminado con Pedro Sánchez, de negación de lo que fue la Transición en términos de pacto político y también de la necesidad del pacto para las grandes cuestiones de Estado. Poco a poco se han ido desmantelando elementos capitales de ese pacto, como vemos ahora con la posible amnistía o el mismo concepto de autogobierno. Otro ejemplo de este proceso es el cuestionamiento de la Monarquía. Cada una de las piezas que desembocaron en la Constitución se están viendo cuestionadas y no solo por grupos minoritarios.

De lo que no cabe duda es de que Sánchez está dotado de tragaderas infinitas y está resuelto a rodearse de quien sea necesario y firmar cualquier cosa, sin remilgos ideológicos ni jurídicos, con tal de hacer inviable de facto la alternancia en el poder en España, al menos mientras él lo ocupe. En el momento en que esto escribo, la política española se reduce a dos opciones: O Gobierno ultraprecario de Sánchez sometido al chantaje permanente por sus peligrosas compañías o repetición de elecciones el 14 de enero. En este caso, la



campaña electoral, en términos utilizados por el analista Ignacio Varela («Y ahora, ¿qué? Estado de guerra en la política española», en elconfidencial.com)

sería la más sucia y destructiva vida en España desde 1936; de nuevo el Frente Popular contra el Frente Nacional en una escalada

suicida de abominaciones recíprocas. Sólo dos cosas nos salvan de un desenlace trágico como el de entonces: el talante de la sociedad española de 2023, que detesta el fratricidio, y el providencial paraguas protector de la Unión Europea.

En verdad, desde la noche del 23 de julio la cosa quedó clara en la calle Ferraz: todos juntos en pos de un gobierno progresista.

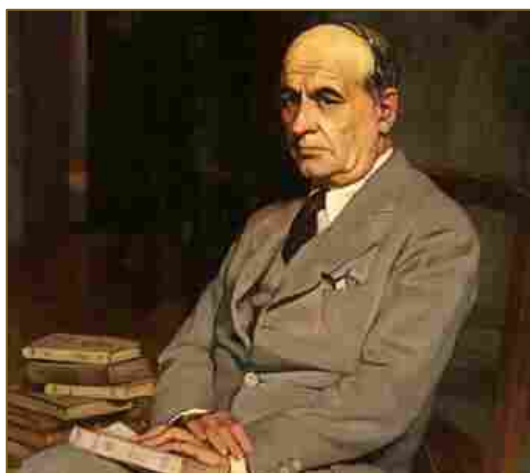
Respecto a la autodeterminación que reclama el separatismo, recogeré aquí el Artículo 92, apartado 1, de nuestra Constitución: «Las decisiones políticas de especial trascendencia podrán ser sometidas a referéndum consultivo de todos los ciudadanos». No sólo de los catalanes.

Y, amables lectores, les advierto –con Ignacio Varela– que «no pierdan ojo a los movimientos del PSC, siempre sinuosos. Después del 23-J, el PSC manda en el PSOE como nunca y Salvador Illa, erigido en barón único, es la persona capaz de condicionar la voluntad de Pedro Sánchez».

Feijóo y la utilidad de lo (aparentemente) inútil

Francisco Rosell (*Vozpópuli*)

Si al político y al torero lo hacen el público y el ganado –dicho sea en sentido estricto, visto lo visto en el coso de la carrera de San Jerónimo–, no hay duda de que, despejando titubeos y espantando fantasmas, Alberto Núñez Feijóo se ha doctorado doblemente, aunque no obtenga ahora el empleo que anhelaba, pese a ser el claro vencedor el 23 de julio. Producido el previsto final y quedarse a cuatro escaños del objetivo frente a la alianza «noista» Frankenstein, muchos convendrán con Ortega y Gasset –gran filósofo y errado clínico– que «el esfuerzo inútil conduce a la melancolía». Justo fue lo que concluyó un hombre metido en lecturas como el ministro García-Margallo, tras oír la perorata de Pedro Sánchez en su investidura fallida de 2016. Ni que decir tiene que, al poco, comprobó lo errado de su pronóstico, al igual que otros muchos que no vislumbraron el riesgo de Sánchez como antes el de Zapatero. Tanto Rajoy como Aznar los tomaron como seguros vitalicios sin reparar en que encerraban más peligro que un nublado al principiar ZP una mudanza de régimen que Sáncheztein remata ampliando el mismo género (clase y condición) de socios sin afectarles que no hay nación ni Estado que repelan una acometida separatista si la izquierda lo asume.



Refutando el aserto de Ortega, el filósofo Nuccio Ordine, fallecido unos meses antes de recoger el Princesa de Asturias de este año, defiende, por contra, «La utilidad de lo inútil», título de su manifiesto en socorro de las humanidades, pero extrapolable al campo –nada humanista– de la política. Una paradoja la de «la utilidad de lo inútil» que no es tal y que el pensador calabrés desanuda con maña sobre la base de que «el cultivo de lo superfluo y de lo que no supone beneficio puede de todos modos ayudarnos a resistir, a mantener viva la esperanza, a entrever el rayo de la luz que nos permitirá recorrer un camino decoroso».

Como botón de muestra sirva la investidura frustrada del líder del PP. Sabiendo que concurría a una partida con naipes marcados y con el desenlace fijado, éste ha aprovechado el envite para recuperar su mejor expresión de ganador nato en Galicia. Tras difuminarse en la recta final de la campaña y en las fechas subsiguientes a su amarga victoria, el «apóstol» Feijóo ha resucitado cual ave Fénix. Por mor de su Epifanía, militantes y votantes, pero también parte de esa opinión pública sin anteojeras de acémila, han reaccionado con alegría pareja a la de la Marina Real cuando se restituyó a Churchill en el Almirantazgo al invadir Alemania a Polonia. Aquel negro amanecer del 1 de septiembre del 39, el Reino Unido despertó abruptamente de la quimera de

la «paz para nuestro tiempo» que Chamberlain soñó arrancar a Hitler. Desdijó esa lección de Historia de que es estúpido tratar de contentar a los incontentables. A modo de cálida salutación a quien no presumía un paseo de rosas, los navíos recibieron este telegrama: «Winston ha vuelto con nosotros».

Hasta el mediodía del martes, en el que abrió plaza en el ruedo de la carrera de San Jerónimo, aún persistían las suspicacias, pese a la innegable mejora de tono y discurso exhibido en la masiva cita del PP en Madrid del domingo anterior. ¿Sería ese político feble y templagaitas, siguiendo a Rajoy y su dejar estar, o se ataría los machos en esta hora crítica de una nación timoneada por Sáncheztein bajo la tutela de quienes demuelen el régimen constitucional y fracturan su unidad mientras auspicia amnistiar a golpistas catalanes y, por ende, a terroristas de ETA? Bastó pronunciar la palabra «amnistía» nada más abrir la boca para quebrar el silencio decretado por Sánchez y deshacer cualquier equívoco. De facto, demudó la cara en su escaño azul usado como bur-ladero y con sus ojos fijos en la pantalla del móvil para no cruzar su mirada con la de quien le interpelaba con su catilinaria.

No era para menos la incomodidad de quien concibe esta autoamnistía –dador y receptor sacan tajada– tras el autoindulto –Tribunal Supremo dixit– como la



ganzúa que franquea La Moncloa a un caco de la política y abre en canal la Constitución desatando procesos de autodeterminación en Cataluña y en el País Vasco por quienes, extinguendo sus graves delitos, deslegitiman el Estado de Derecho y sus instituciones. Si Talleyrand opinaba que el lenguaje sirve para ocultar el pensamiento,

el ominoso silencio de Sánchez hablaba por sí solo. Su ensordecedor mutismo refrendaba que, callando, otorga lo que rebatía ante las urnas.

Dada la podemización del PSOE por el aventurismo de Sánchez, éste adopta el axioma de Pablo Iglesias en su debut como secretario general de Podemos en 2014 cuando proclamó que su propósito era desatar «un proceso constituyente para abrir el candado del 78 y por el derecho a decidir». En junio de 2013, en una herriko taberna de Pamplona, ya había referido que ETA había sido la primera en percatarse. El ayer y hoy mandamás del PSOE respondió como jefe de la oposición con un escueto: «Se olvidan de lo bueno». Como él hace hoy, borrando la Transición, con quienes buscan demolerla y edificar una Babelia. Sánchez estima que «París bien vale una misa» como el hugonote Enrique IV al abjurar del protestantismo para acceder al trono de Francia.

No queda ahí la transfiguración de un Sánchez que se arroga también el lenguaje, así como los modos de sus sindicatos tras padecerlos en carnes propias o cercanas. Acaeció con su otrora ministro Borrell, al que el portavoz de ERC, Gabriel Rufián, le tachó de ser «el más indigno de la democracia» y su

conmilitón Salvador le lanzó un escupitajo. Pero incluso Sánchez, en su primera tentativa de investidura, hubo de tragar saliva, sin decir esta boca es mía, cuando Iglesias le restregó por la cara «el pasado manchado de cal viva» de González. Ahora son los sanchistas quienes lanzan tales venablos para silenciar a González. Con buen ojo de ciego, Borges ya advertía que hay que saber bien elegir a los enemigos porque a menudo acabamos pareciéndonos a ellos.

Bajo la utilidad de las cosas aparentemente inútiles, Feijóo sentó cátedra y puso en fuga a quien demostró su falta de decoro. Por primera vez, un jefe de filas declina darle réplica a un designado por el Rey en una mezcla de desprecio y soberbia que nadie empleó con él en sus pifiadas proclamaciones de 2016 y 2019 ni luego tampoco. Pero él, declinando de su deber como maestro de lidia socialista, pegó la espantada y cedió la franela a un peón de brega bronquista que parecía traído de los bajos fondos. Fue la constatación de que Sánchez no encabeza un partido, sino una banda a su imagen y semejanza en la que, como capo, puede dictar a un Óscar cualquiera que se arroje por un Puente a modo de prueba de sangre y, acatada la orden, arrojarle luego un hueso para que lo roa dichoso como el exalcalde de Valladolid. ¡Cómo para pedir a estos cánidos que voten en conciencia y con la dignidad de no estar dispuestos a gritar: «¡Vivan las cadenas!».

Por esa senda de encanallamiento, en horas veinticuatro, se pasa de dar bofetadas sin mano a Feijóo a estamparlas en la cara del alcalde de Madrid como ese edil del PSOE a quien no hace tanto su amigo Sánchez jaleaba con un explícito: «¡Viondi, dales fuerte, my friend!».



Cuando se encizaña la vida pública, se pudre la convivencia y la violencia verbal deriva en violencia física al menear los prestos a poner la otra mejilla. Ni siquiera el Papa de Roma, como aclaró en 2015 rumbo a Filipinas. Al tratar de reventar un acto clave en una democracia y usar las Cortes como un corral vacas, hay que colegir, aplicando la sentencia de Antonio Machado en su Juan de Mairena, que Sánchez se retrató como un porquero y alzó a su rival a la calidad de un Ágamenón. Más cuando Feijóo, después de acusar la subitánea aparición del espontáneo Puente, no perdió la compostura y supo llevar la lidia allí donde le convenía pese al energumenismo de quien tuvo un actuar más degenerado que aquel banderillero de Juan Belmonte que terminó de gobernador en Huelva.

Pese a ese contratiempo, Feijóo atestiguó su enjundia y cuajo en esta intrincada coyuntura en la que el sanchismo se trasluce en enfermedad moral de un PSOE metamorfoseado en partido gamberro que hace de la antipolítica su manual de resistencia manejado por quien no observa límites ni tiene escrúpulos. Bajo esa dirección, el PSOE recae en el guerracivilismo que González

quiso vacunar sin dosis refuerzo. Así se lo transmitió a su primer Consejo de Ministros tras su aplastante triunfo de 1982: «Que no nos pase como en la II República». A Sánchez, como al adanista Zapatero, no le importa sacrificar la Transición y la Constitución en el ara separatista, pese a sus aspavientos y cortinas de humo.

Como asevera un personaje del gran escritor norteamericano Paul Auster, «lo que importa no es tanto la capacidad para evitar los problemas, sino la manera en que uno se enfrenta a ellos cuando se presentan», y Feijóo dio la impresión de saberlo en su primera gran cita en las Cortes. Puesta esta pica en Flandes y desplegando con inteligencia sus mesnadas en ayuntamientos, diputaciones y autonomías, junto a su mayoría absoluta en el Senado, debe avanzar con paso firme por ese proyecto de fortalecimiento de nación y regeneración institucional sin dar oídos a los cantos de sirena de esas elites idiotizadas que le encomiendan que se abstenga en la investidura de Sánchez. Ello dejaría a España sin oposición y sin alternativa con posibilidades reales de gobierno en pleno cambio de régimen, de forma que ésta quede en manos de Vox para que los de Abascal hagan el papel que el conglomerado Frankenstein le tiene asignado. Éste no es diferente que aquel con el que Mitterrand, para escándalo de los suyos, distinguió a Le Pen padre para eternizarse en el poder y dejar al centro derecha extramuros del Palacio del Eliseo. De esa guisa, Sánchez dispondría como colaborador indispensable a Vox para polarizar la sociedad y para volar una alternativa, a la par que le ayudaría a diluir su radicalidad y la de sus sosias. Si González tenía un seguro de vida con Fraga como jefe de la oposición pese a perpetrar desmanes y fechorías en el campo de la corrupción y los crímenes de Estado, Sánchez jugaría la misma carta con Abascal.

Hay quienes se empecinan en no conocer a Sánchez y otros en aplanarle el



terreno con el trampantojo de una «abstención sanadora» de Feijóo con la pluma y tinta con que se escribió a cuatro manos el «editorial único» de 2009 de toda la prensa catalana para que el Tribunal Constitucional se inhibiera de aplicar la Carta Magna y validara el Estatut-Constitución de 2006, así como con la añagaza de que alzándolo como presidente el PP supeditaría el gobierno y sus leyes. Como si el

escorpión Sánchez fuera a respetar a la rana tras ayudarle a vadear el río y no hubiera atravesado el Rubicón de su imposible retorno de allí donde quiso ir con comunistas, supremacistas y bilduetarras. Por eso, pasma que la expresidenta madrileña Aguirre invite a Feijóo a repetir la oferta que ella hizo al socialista Carmona para que Carmona no fuera regidora. Ni Sánchez es Carmona ni este PSOE es aquel, apartado del constitucionalismo desde su investidura Frankenstein en 2018. Va a tener que entrar en escena, como en Luces

de Bohemia, un invidente como de Max Estrella para hacer ver a muchos que «son más ciegos que los que andamos a oscuras».

Tras malograr un cómodo éxito que se daba por descontado, no se sabe si Feijóo ha llegado tarde a la investidura, pero su advenimiento se hace muy necesario después de estos «años bobos» en que España y su democracia han sido desarboladas. Ante lo embarazoso del momento y el perceptible malestar, urgen gobernantes que hagan gala de lo que Orwell llamaba «decencia común», esto es, «una mezcla de honradez y sentido común, desconfianza hacia las grandes palabras y respeto a la palabra dada, apreciación realista de la realidad y atención al prójimo». No es tiempo de templar gaitas, sino de afinarlas cuando los bárbaros, como en el poema de Kavafis, se enseñorean de esta Barbaria en ciernes, una vez le ha abierto el portillo a quien se hace tributario del separatismo para preservar su taifa monclovita. No cabe achacar la responsabilidad al soberanismo sino a una izquierda que pasó de denunciar que «el nacionalismo es la guerra» –como sintetizó Mitterrand– a aliarse con él contra la libertad e igualdad de «esta España tan noble como desgraciada», como significó Amadeo de Saboya en su adiós, en el que los enemigos no eran extranjeros sino españoles. Empeñada en autodestruirse, no durará eternamente.

Tragedias del «sólo sí es sí»

«Inútiles legislando, expertos en fabricar eslóganes vocingleros que hacen las veces de directrices para el obediente rebaño»

Guadalupe Sánchez (*El Subjetivo*)

Licenciada en Derecho, abogada en ejercicio y gerente del bufete NOVALEX SPAIN

El hogar es mucho más que la casa en la que habitamos: es la morada a la que encomendamos nuestra intimidad, nuestro descanso y nuestra seguridad. Para una mujer –cuyo nombre ocultaré refiriéndome a ella como «X»– el lugar llamado a ser su refugio se convirtió en el espacio de su tormento. En el escenario de una pesadilla que aconteció hace años. La ley llamada a ser la más feminista de la democracia ha obligado a X a revivirla.

Hacía frío a esa hora de la mañana, pero X había dejado una ventana abierta mientras realizaba las labores domésticas cotidianas. Ni tan siquiera lo escuchó colarse en el interior. No lo vio hasta que ya estaba en la habitación. X le conminó a que se marchase, pero él hizo caso omiso: le quitó la ropa y, cuando ella intentó zafarse, la arrojó sobre su cama y la violó. No usó preservativo, eyaculó en su interior. X intentó escapar, pero la retuvo en



la instancia durante más de una hora. Pudo huir cuando su agresor se ausentó unos instantes para acudir al baño.

No era la primera vez. Unos meses antes ya la había violado. En el mismo sitio y de la misma forma. Como consecuencia de la agresión, X contrajo una enfermedad de transmisión sexual y quedó embarazada. Decidió abortar, no quería al hijo del criminal que había arruinado su vida y nosotros no somos quiénes para juzgarla por ello.

X denunció el delito. Su agresor fue detenido, juzgado y condenado a más de ocho años de prisión como autor de un delito de agresión sexual, detención ilegal y allanamiento de morada, además de al pago de una indemnización. El Código Penal vigente era el de 1995.

Terminado el proceso, X intentó rehacer su vida y recomponerse. Jamás hubiera imaginado que la instrumentalización política y mediática del caso de «La Manada», que tuvo lugar años después de ser violada, acabaría obligándola a revivir el suceso más doloroso de su pasado. Que en nombre del feminismo se iban a reabrir sus heridas y a poner a su violador en la calle dos años antes de lo que establecía la sentencia.

Efectivamente, la Ley Orgánica 10/2022, de 6 de septiembre, de garantía integral de la libertad sexual, obligó a los tribunales a revisar la condena a su agresor. Los mismos jueces que aplicaron escrupulosamente la ley del 95 no tienen más alternativa que aplicar rigurosamente la del «sólo sí es sí».



hacen por propia voluntad, sino porque el imperio de la ley les obliga a priorizar la del legislador.

La ley es clara, meridiana. Como declara la jurisprudencia de la Sala Segunda del Tribunal Supremo, los sistemas penales de los Estados democráticos y de Derecho exigen un alto grado de previsibilidad, o lo que es lo mismo, los

ciudadanos deben poder representarse las consecuencias que llevan aparejadas sus actos: «de lo contrario, se alteran las expectativas y la incertidumbre se convierte en la inaceptable regla general para la solución de los problemas de derecho transitorio. La seguridad jurídica es, al fin y al cabo, un componente del Estado de derecho en el que se aglutinan otros principios indispensables para la efectividad de los valores superiores del ordenamiento jurídico que proclama el art. 1 de la CE. La necesaria previsibilidad en la declaración de la norma penal aplicable y en la ejecución de lo resuelto, forman parte de las exigencias constitucionales definitorias de nuestro sistema penal».

Esto es algo que no sólo saben jueces y magistrados. Es una obviedad para cualquier jurista. Lo sabía el Fiscal General del Estado cuando firmó el bo-

chornoso Decreto de noviembre de 2022 invocando una disposición transitoria de hace casi treinta años para eludir la retroactividad de la ley penal más favorable que consagra el art. 2.2 del Código Penal. Una infamia jurídica pergeñada por la cúpula de la fiscalía para que los promotores ministeriales de la aberración legislativa que es la ley del «sólo sí es sí» no sólo no asumieran su responsabilidad, sino que pudieran descargarla sobre los tribunales: la culpa es de la justicia patriarcal.

Han pasado del «hermana yo sí te creo», «hay que poner el consentimiento en el centro» y «no es abuso, es violación» a lo de «Rubiales con toga». Inútiles legislando, expertos en fabricar eslóganes vocingleros que hacen las veces de directrices para el obediente rebaño. Mientras tanto, se siguen sucediendo las rebajas y excarcelaciones. Oficialmente son ya más de 1200 y 120 respectivamente, aunque oficiosamente son bastantes más.

Ni uno sólo de los que aseguraron que la ley del Sí es Sí conllevaría un agravamiento generalizado de las penas y que no se produciría ni una sola revisión de condenas ha dimitido. Me refiero al presidente del Gobierno, a la ministra de Igualdad, a la de Justicia, a la secretaria de Estado de Igualdad o a la delegada del gobierno contra la Violencia de Género. Ahí siguen, enfrascando a nuestra sociedad aborregada en controversias hiperventiladas y estériles con las que redimirse y seguir enarbolando la bandera del feminismo, mientras los agresores sexuales continúan beneficiándose de los efectos de una ley nefasta.

No me quiero ni imaginar lo que sentirán X y el resto de las víctimas ante este espectáculo distópico, dantesco, que las ha relegado a un mero daño colateral anonimizado del uso partidista y espurio del BOE que, a la postre, ha obtenido el aval de las urnas. X no se lo merece, compatriotas. Ojalá algún día se les remueva la conciencia lo suficiente como para que antepongan el sentido común y la decencia a su ideología o a las siglas del partido.

Stepanakert

Las abandonadas iglesias serán pronto mezquitas, y letreros en turco dominarán las plazas vacías que hasta hace unas horas fueron armenias.

Sertorio (*El Manifiesto*)

Las desoladas calles de Stepanakert, la capital de Artsaj (Nagorno-Karabaj), ya no albergarán a la población que las edificó y pobló. Las abandonadas iglesias serán pronto mezquitas, y letreros en turco dominarán las plazas vacías que hasta hace unas horas fueron armenias. El islam conquista un nuevo territorio y la cristiandad oriental continúa siendo recortada como una incesante piel de zapa. Irak, Palestina, Egipto... Los países que dieron lugar a las primeras iglesias disminuyen a ojos vista, en especial desde que los americanos han intervenido en los conflictos de Oriente Próximo. Es interesante señalar que los únicos países seguros para los cristianos en la zona



son Siria e Irán, los Estados que la política exterior yanqui considera miembros del Eje del Mal. Desde que los estadounidenses «liberaron» Irak, la población caldea y asiria, descendientes de los primeros seguidores del Evangelio, ha tenido que huir de su país en un éxodo que ni los sasánidas, ni los compañeros del Profeta, ni los otomanos pudieron provocar.

El Líbano maronita es una fortaleza asediada y en Palestina la emigración cristiana ha dejado en reducidísima minoría a quienes antes eran una porción importante de la demografía de Tierra Santa. Al este de sus fronteras, los armenios sólo podrán orar en las hermosas iglesias de Yofa, al sur de Isfahán: desde 1915, han sido borrados de Anatolia y Siria, y sus grandes catedrales de los siglos medios están ahora en ruinas o sirven de triste museo arqueológico en las costas del lago de Van. Esto no sólo no importa nada en Europa, sino que parece ser visto con placer por sus dirigentes woke. Quienes se rasgan las vestiduras por la aculturación de cualquier tribu en la Amazonía no



prestan el menor interés a la erradicación de una cultura casi dos veces milenaria. No es ese Oriente el que guía la política de Europa en la zona.

La tragedia de Artsaj, la limpieza étnica de una población cristiana, no ha llamado la atención ni de la ONU, ni de las organiza-

ciones no gubernamentales, ni de nadie. No es de extrañar, pues es el resultado de una política intencionada del propio gobierno de Armenia, que en vez de defender a sus connacionales los ha entregado inermes a los azeríes sin que medie ni siquiera una protesta o una amenaza del gabinete de Yereván. Recordemos que el actual presidente de Armenia, Pashinián, llegó al poder en 2018, tras la consabida revolución de colores, y dedicó todas sus energías a separar a Armenia de los dos únicos Estados que pueden garantizar de hecho su independencia: Irán y Rusia. El cinismo del hombre de Soros en el Cáucaso ha llegado al extremo de echar la culpa de la catástrofe a Rusia, que lleva treinta años mediando para que la cosa no vaya a peor y cuyas tropas de interposición, muy poco numerosas y sin armamento pesado, han conseguido un alto el fuego que permite la huida de la población armenia de Artsaj, antes de que las tropas azeríes entren por la fuerza en un territorio que el gobierno de Armenia no defiende y abandona. Es normal que Moscú se lave las manos, pese a que Rusia cuenta en su seno con más de un millón de armenios, pero no va a sacrificar a lo loco sus intereses en el Cáucaso y en el Caspio –las relaciones entre el Kremlin y Azerbaiyán son buenas– por salvaguardar la política antirrusa que promueve Armenia.

Pashinián afirma que Armenia será defendida por los Estados Unidos y Francia, justo cuando acabamos de contemplar la impotencia de París para defender sus intereses estratégicos clave en Níger. Si no es capaz de imponerse

para defender su vital uranio en África, ¿qué va a hacer Francia frente a los intereses combinados de Turquía y Azerbaiyán (potencia esta última armada e instruida por los israelíes: a los dos países les une el odio a Irán)? Sorprende e indigna la negativa de los armenios a defender a sus compatriotas y, también, su ceguera.

Irán hace frontera con Armenia y es un país irreconciliable con los azeríes, ¿de verdad van a renunciar a un aliado fiable por la protección de un Occidente muy lejano, que es socio de Turquía en la OTAN, que está demostrando que no es capaz de jugarse el tipo por Ucrania y que siempre usa a otros países como peones que más tarde sacrifica? ¿Es estupidez o es traición? Puede que las dos cosas. No hace falta ser un diplomático experto para intuir que Armenia ha sido vendida y que, además, los armenios se han dejado mercadear como trasto de almoneda. Sin duda alguna, lamentarán el cambio de alianzas. La geopolítica no tiene leyes ni fórmulas matemáticas, pero los mapas marcan el destino y las fronteras de las naciones, y el único seguro eficaz para Armenia es la ayuda de Irán y, en medida no menor, de una Rusia a la que insulta e infama. Los dioses ciegan a quienes quieren perder.

Armenia es una nación indoeuropea y cristiana que se halla embutida entre dos potencias turanias e islámicas en plena expansión. Para colmo de males, los corredores necesarios para que el gas y el petróleo de Azerbaiyán lleguen a Turquía y a Europa pasan cerca de su territorio. Parece inevitable, si sigue el actual régimen en Yereván, que las fuerzas rusas instaladas permanentemente en Armenia se marchen en un futuro próximo, lo que es muy necesario para que la Unión Europea ejecute su política de desconexión energética con Rusia. Como vemos, Pashinián ha sido el hombre adecuado, el clásico liberal apátrida, para ejecutar una misión en la que los intereses nacionales de Armenia tienen muy poco que ver.



Lo que sucede en Armenia pronto pasará en una Europa que no quiere defenderse, que pide a otros que combatan por ella y que es indiferente al borrado de su identidad. Más bien al contrario, desea olvidarse de sí misma, gozar de un presente efímero y morir sin dolor. Algún día, cada vez más cercano, un gobierno «español» evacuará Ceuta, Melilla y las Canarias e independizará a Cataluña y al País Vasco: todo lo que sea por vivir en paz.

Y, por supuesto, dejará que se vengán abajo catedrales y monasterios (con la colaboración indispensable de Roma, sin duda). Los émulos del apátrida Pashinián llevan ya largos años mandando en España. Stepanakert no nos queda tan lejos.